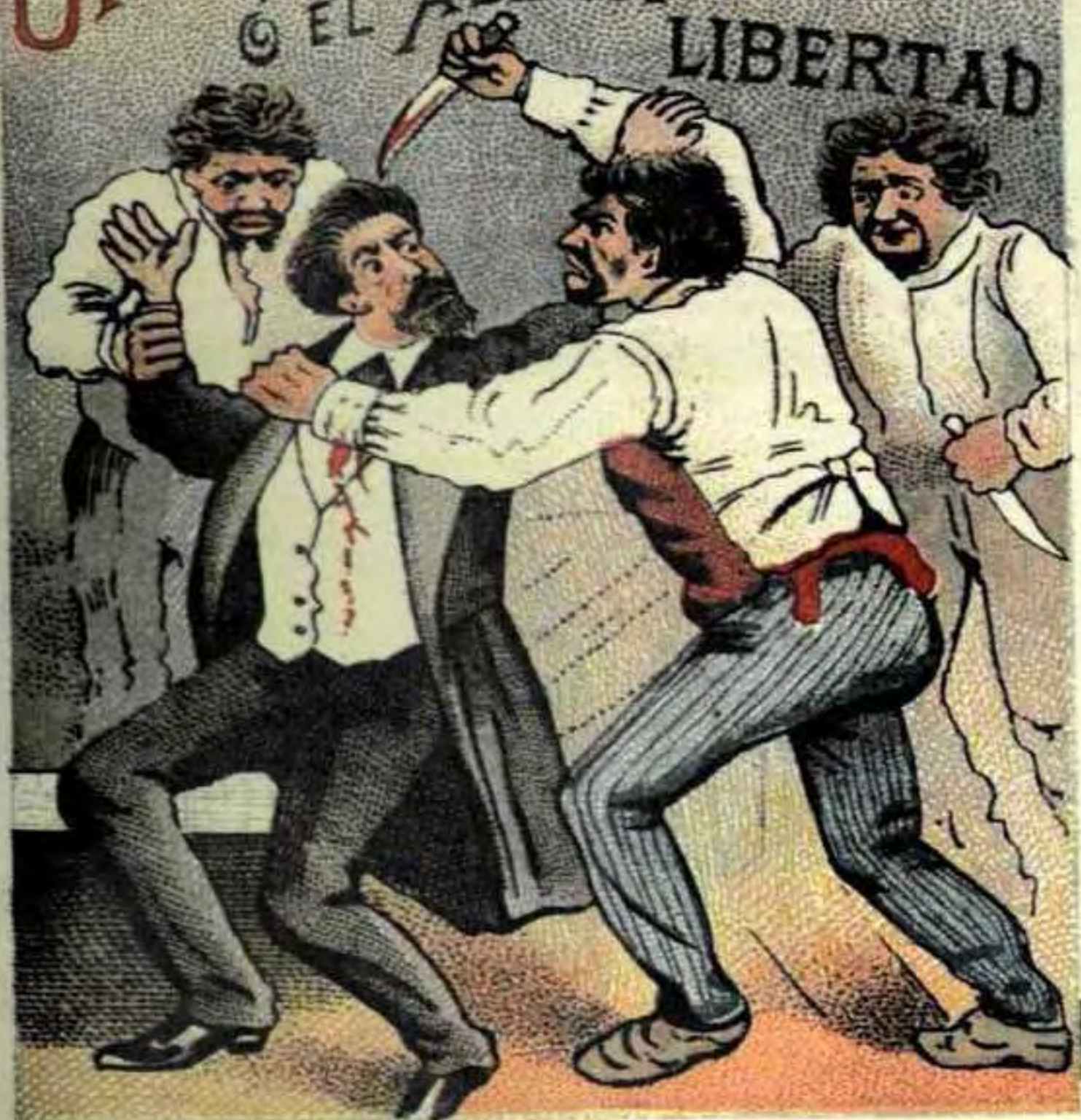


BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

UNA NOCHE DE DIEZ AÑOS

© EL ALBOR DE LA LIBERTAD



MAUCCI H^{OS} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO
Última série.—Época moderna

Una noche de diez años

Y EL

Albor de la Libertad

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

MAUCCI HERMANOS.—PRIMERA DEL RELOX, 1
1901

**Propiedad exclusiva de los
señores Maucci Hermanos.**



Una noche de diez años

¡La patria estaba desangrada y abatida después de la guerra contra los norteamericanos, que nos arrebataron más de la mitad del territorio nacional.

Pero sus desdichas estaban todavía muy lejos de terminar... Las guerras civiles seguirían inundando en sangre el país y ya veréis en este relato como volvieron los tiranos á arrojar las tinieblas sobre el pueblo hasta que llegó el Sol de la Constitución que se llamó Juárez y luego el Sol de la paz y del Progreso: ¡Porfirio Díaz!

Los primeros meses del año 1848 envolvían á nuestra patria con nieblas de profunda tristeza; sus campos estaban yermos y solitarios, pero en fin, se había obtenido la paz, ¡bien caramamente comprada por cierto!

El narrador, fiel é imparcial, de los acontecimientos, como yo me he propuesto serlo para vosotros, sencillos lectores, experimenta tranquilidad y grato placer al llegar á este punto de su narración, porque va á presentar ante vuestros ojos el cuadro de una administración noble, honrada y digna, y el principio de otra igualmente pura y elevada, derrocada inicua y desgraciadamente por los perversos de siempre, para entronizar la dictadura más ignominiosa y ridícula que hasta entonces había presenciado la República.

El Señor General Don José Joaquín de Herrera, electo para terminar el periodo constitucional, se trasladó acompañado de los miembros del Gabinete y de los altos funcionarios á esta capital á mediados del mes de Junio y comenzó con suma habilidad, prudencia y energía á desempeñar la obra que en tan difíciles circunstancias le había tocado.

La economía y la moralidad, que fueron la norma del Gobierno en todos sus actos, contribuyeron en mucho á que la nación se resta-

bleciese en poco tiempo, aunque no del todo, de sus quebrantos.

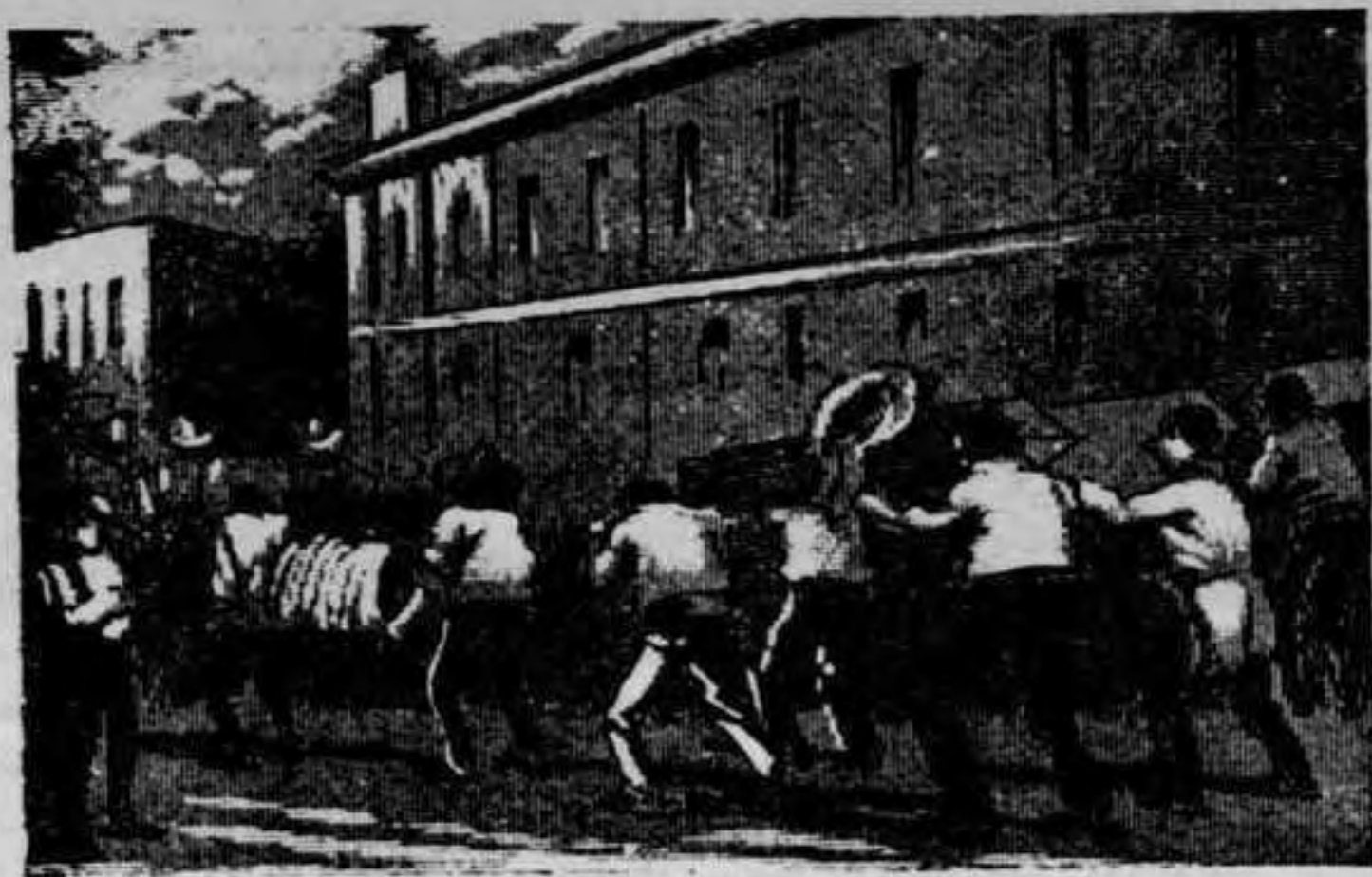
Contribuyó mucho á alcanzar este bienestar la cuantiosa suma de la indemnización norteamericana, que, como sabéis, ascendió á la respetable cantidad de quince millones de pesos, y que fué invertida con pureza en las más urgentes necesidades de la administración.

El señor General don Mariano Arista, que era el Ministro de la Guerra, se dedicó con la mayor eficacia á corregir la multitud de abusos de que estaba plagado el Ejército; procedió á la liquidación de los cuerpos, instituyó los pagadores y cegó las fuentes de encubiertos robos, que existían bajo forma de contrata, gratificaciones, etc., etc.

*
* * *

Sin duda que habréis oído hablar del famoso cólera morbo, aunque por fortuna desde hace mucho, precisamente desde la época por que vamos atravesando, no se ha presentado en nuestro país.

Ese terrible azote de la humanidad, que de cuando en cuando recorre el universo haciendo millones de víctimas y que tiene su origen



en el Oriente, se desencadenó espantoso, terrible, sobre México el año de 1850.

No había casa en que no hubiera ocho, diez, quince cadáveres... Las calles se veían escuetas, desiertas, solitarias... muchas personas fueron enterradas vivas, y otras estuvieron á punto de serlo, logrando escapar milagrosamente á muerte tan horrible!...

¡Al fin cesó el azote devastador dejando tras sí una huella informe!...

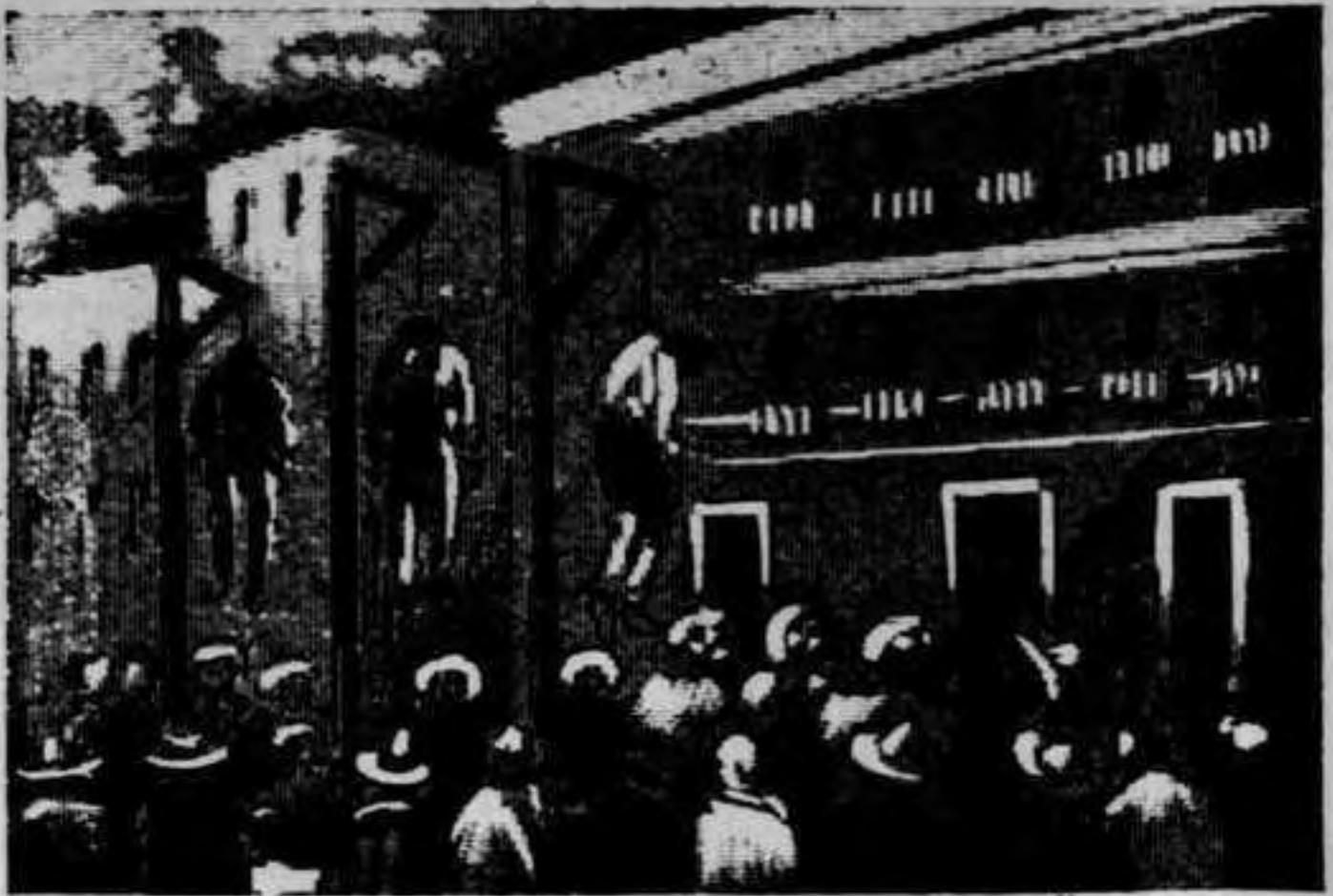
En este tiempo se verificó el asesinato de don Juan de Dios Cañedo, gran liberal y elocuente orador, en el Hotel de la Gran Sociedad; crimen que por tratarse de un hombre tan notable, y por haberse verificado en Jueves Santo, causó profunda sensación entre los habitantes de la capital y aun de todo el país.

Como Cañedo hacía la oposición al Gobierno, se creyó que éste había armañado el puñal de los asesinos, pero el Gobierno se justificó de semejante calumnia procediendo con la mayor energía en este asunto, que en un principio revistió caracteres políticos, y no tardaron en ser ejecutados los asesinos, que no habían tenido otro móvil que el robo.

Frente á los balcones del Hotel de la «Gran Sociedad», que había sido el teatro de su crimen, fueron ahorcados, para satisfacción de la vindicta pública, á los pocos días de haber llevado á cabo el delito.

El año de 1850 se verificaron las elecciones para la suprema magistratura de la República, resultando electo el señor General don Mariano Arista, que tomó posesión de la presidencia en el mes de Enero de 1851, término legal del Presidente anterior.

Hemos asistido á un periodo por desgracia demasiado corto de paz y bienestar interiores.



Herrera se retiró á la vida privada en medio de la veneración y del respeto profundo de sus conciudadanos.

El señor Arista, que entraba á sustituirlo, tenía suficientes cualidades para desempeñar dignamente tan alto puesto, de probidad intachable y recto juicio.

Como soldado, fué esclavo de la ley, valiente en el peligro, humano y caballero.

Siguió las huellas de moralidad, orden, res-

peto á las leyes y economía de sus antecesores.

Mas desgraciadamente, la hidra de las pasiones, asomó de nuevo su monstruosa cabeza.

La reduccion y moralizacion del ejército, que el señor Arista perseguía con empeño desde que ocupó el Ministerio de la Guerra, y que con más tesón llevaba á cabo hoy que ocupaba la primera magistratura, fueron el principal motivo, pues le atraieron, entre los que habían quedado sin sus puestos, multitud de enemigos dispuestos á aprovechar la primera oportunidad para vengarse.

Los conservadores, enemigos solapados del Presidente, acechaban la primera oportunidad para hacer estallar una revolucion favorable á sus miras.

Esta se presentó al fin, y el pronunciamiento de Guadalajara, encabezado por José María Blancarte, sombrerero de origen, y que se extendió á todo el país, dió por resultado la caída del honrado gobernante, que no tenía otra idea que la felicidad y bienestar de la patria.

Aquella espantosa revolucion que provocó la audacia de los enemigos de la República, encendiendo como siempre la hoguera de los rencores y de las acechanzas, envidias y am-

biciones, terminó por fin con la vuelta—¡quién lo creyera!—del hombre fatal á la patria, del eterno y siniestro general Santa Ana, que vivía retirado entonces en el extranjero, después de sus infames hechos de los años de su infausta popularidad...

¡Ah! maldito... maldito hombre que tantas y tantas amarguras dió á la patria!

¿Y sabéis, amiguitos, como entró en México, en la capital de la República este insigne traidor, este inicuo bandido y comerciante de la honra de la patria?

¡Sabedlo, para afrenta del nombre abominable de ese don Antonio Lopez de Santa Ana!...

Entró como un héroe, triunfal, aclamado por las muchedumbres, por el pueblo niño, engañado fácilmente por los ambiciosos que lo explotan... entró, amiguitos míos, aquel miserable que yacía en un merecido abandono en el destierro, en las regiones de Turbaco (Colombia), allá en la América del Sur, entró como general victorioso, siendo el hombre funesto...

¡Cuántas desdichas iba de nuevo á hacer llover sobre el país, pues bien pronto su dictadura sumergió á la nación mexicana en un mar de sangre!

El Nerón mexicano, el ambicioso audaz principió su *gobierno*, ó mejor dicho su reinado ó su dictadura, por rodearse de un fausto espléndido; trajo hombres que se vendieron á él; miles de vasallos y de comerciantes; quiso tener mucha farsa, imitando á los reyes de Europa, y para subvenir á los millones y millones de pesos que importaban los grandísimos gastos y fiestas, banquetes, ceremonias, procesiones, saraos, limosnas opulentas, donaciones y privilegios, la exhausta nación apenas podía darle más de la mitad de sus rentas... ¡Y él lo consideraba poco!...

¡Ese hombre gastó todos los tesoros de la patria en fiestas y salones, en banquetes y magníficas orgías!...

Mientras... ¡ah!... mientras, ¡cuánta hambre de pan y de saber, cuánta necesidad de ilustración había en el pueblo!... ¡En el pueblo

que Santa Ana asesinaba de indigencia, de obscuridad y de ignorancia, cuando no lo hacía morir en los campos de batalla... ¡Y sin el menor remordimiento!

Avido de dinero el vil sátrapa, comete luego el más nefando de sus crímenes: ¡vende un girón de territorio patrio!... Entonces fué cuando hábil y miserablemente se verificó la venta al extranjero enemigo de los terrenos extensos y ricos que se llamaban «La Mesilla».

¡Ese trozo de territorio nuestro, del cual nadie en el mundo, ni emperadores, ni reyes, ni papas, podían disponer, fué vendido á vil precio por un Judas anatematizado por la historia!... ¡Maldecid á ese Judas que se llama Santa Ana!...

.

¡El pueblo!... ¡Ah! el pueblo mexicano tuvo un despertar ligero pero tremendo en medio de su cansancio... Se confundió en un instante toda la vileza del tirano, toda la mengua de aquel prócer inaudito., y surgió la luz en for-

ma de rayo, precedida de un gran relámpago que fué el plan de Agutla y luego seguida de la formidable revolución que hizo la bíblica guerra de Reforma, no sin que antes precediera el cataclismo fulgurante de la Constitución de 1857!

.
.
Sabed, amiguitos, que siempre y en todas partes, después de que un hombre malo oprime, mortifica, desgarrar, atormenta y explota el cuerpo de los infelices que trabajan por él y le dan con su sudor, su sangre y su vida... después de muchos años de dolor, de opresión, de esclavitud y miseria... después... llega el momento en que despierta, se levanta, mira; se encoleriza, y con toda la furia de su santa indignación se revuelve contra los amos, contra los verdugos... les acomete, los desgarrar, tras largos y tenebrosos combates, y cuando triunfa, porque de triunfar tiene el alto y divino derecho, se hace justicia!... Se hace jus-

ticia y expande con gran apoteosis su victoria sangrienta, luminosa y digna!...

¿Sabéis quien hizo la justicia del pueblo, tras de sus luchas? ¡Un hombre augusto, inmortal, un hombre terrible á fuerza de ser enérgico en el deber y en la tranquila serenidad del amor á la patria! Y ese... fué: ¡Benito Juarez!...

Después de las infamias de aquellos hombres ambiciosos que unos tras otros asaltaban el poder, la gran silla de la Presidencia de la República después de traiciones, revueltas, sangre, fuego, ignominia y candidez, vino el resplandor sereno del hombre que encarnaba el Derecho y la Justicia!...

¡Oh! ¡Benito Juarez!...

.
.

¡Honrad, respetad siempre ese nombre santo y augusto para el mexicano... venerable y alto para todos los espíritus que son adictos á la gran frase del hombre más republicano de todos los siglos... Amad su memoria, porque



es un apóstol como los buenos] que rodeaban al Cristo del Evangelio!...

Juarez iba á libertar, dando vida nueva á un moribundo cuerpo de nación.

¿Qué sería de esta patria, libertada por el apóstol tenaz y heróico?..

Tan sólo podría alzarse por un milagro que hiciese el que fuera el alto genio de la Guerra

construyendo con su magna espada la paz!...

¡El hombre de la paz sería el que regenerara la patria!...

¿Vendría pronto?...

Nadie lo sabía entonces... ninguno podía adivinar aún que ya el predestinado de la Presidencia hacía morder el polvo á los enemigos de la nación mexicana en lides gloriosísimas...

¡Pero de pronto el Sol iba á hacer el Día en aquella Noche de tinieblas, de sangre, en aquel caos de ignominias y lobregueces!

¡Ya iba á amanecer!...

¡Hosanna!...

.
.

